

Fábulas

Por

Robert Louis Stevenson

***Free*editorial** 

I

LOS PERSONAJES DEL RELATO

Concluido el capítulo 32 de La isla del tesoro, dos de los títeres se fueron a pasear y a fumar una pipa antes de reanudar su trabajo. Se encontraron en un campo, no lejos de donde transcurría la narración.

—Buenos días, Capitán —saludó el primer oficial, con gesto soldadesco y expresión radiante.

—¡Ah, Silver! —masculló el otro—. Ésas no son maneras, Silver.

—Verá usted, capitán Smollet —protestó Silver—, el deber es el deber, y yo lo sé mejor que nadie. Pero ahora estamos de descanso, y no veo ninguna razón para guardar las formas morales.

—Es usted un granuja de cuidado, amigo mío —respondió el Capitán.

—Vamos, vamos, Capitán, seamos justos —dijo el otro—. No hay razón para enfadarse conmigo en serio. No soy más que el personaje de un cuento de marinos. En realidad no existo.

—Tampoco yo existo en realidad, o eso se me figura —asintió el Capitán.

—Yo no pondría límites a lo que un personaje virtuoso pudiera tomar por disputa —contestó Silver—. Pero soy el villano de esta historia. Y, de marino a marino, me gustaría saber cuáles son las posibilidades.

—¿Es que no le enseñaron el catecismo? —preguntó el Capitán—. ¿No sabe usted que existe una cosa llamada autor?

—¿Una cosa llamada autor? —repitió John, con sorna— ¿Quién mejor que yo? La cuestión es si el autor lo creó a usted, y si creó a John el Largo y si creó a Hands y a Pew, y a George Merry, aunque tampoco es que George pinte gran cosa, porque es poco más que un nombre; y si creó a Flint, o lo que queda de él. Y si creó este motín, que le ha causado a usted tantas fatigas. Y si mató a Tom Redruth. Y, bueno... si eso es un autor, ¡que me ahorquen!

—¿No cree usted en un estado futuro? —le interpeló Smollet—. ¿Cree que no hay nada más que esta historia en un papel?

—No sabría qué decirle a eso —respondió Silver— y la verdad es que tampoco veo qué relación puede tener. Lo que sí sé es que, si de verdad existe esa cosa llamada autor, yo soy su personaje favorito. Me entiende mejor que a usted; ya lo creo que me entiende. Y le gusta darme vida. Me hace pasar la mayor parte del tiempo en cubierta, con muleta y todo, mientras que a usted lo

encierra en la bodega a pasar el sarampión, donde nadie lo ve, ni ganas de verlo que tiene, ¡por eso sí que puede usted apostar! Si ese autor existe, ¡qué diantres!, lo que es seguro es que está de mi parte, ¡por eso sí que puede apostar!

—Ya veo que el autor le está dando mucha cuerda —señaló el Capitán—. Pero eso no puede cambiar las convicciones de un hombre. Sé que el autor me respeta: lo noto en los huesos. Cuando usted y yo tuvimos esa conversación en la puerta del fortín, ¿de qué lado cree que se puso el autor, amigo mío?

—¿Y a mí no me respeta? —protestó Silver—. ¡Tendría que haberme oído sofocando el motín: a George Merry y a Morgan y a todos los demás! ¡Y hace sólo un momento, en el capítulo anterior! ¡Se habría enterado de lo que es bueno! ¡Habría visto lo que el autor piensa de mí! Pero, dígame una cosa, ¿de verdad se tiene usted por un personaje virtuoso de la cabeza a los pies?

—¡Dios no lo quiera! —exclamó el Capitán solemnemente—. Soy un hombre que procura cumplir con su deber y a veces lo enreda todo. Me temo que en casa no soy muy popular, Silver —suspiró el Capitán.

—Ya —dijo Silver—. ¿Y qué me dice de esta segunda parte de la historia? ¿Seguirá siendo usted el capitán Smollet, como siempre, y no muy popular en casa, como bien dice? En tal caso, ¿por qué truenos repite La isla del tesoro? Yo seguiré siendo John el Largo, y Pew seguirá siendo Pew. Y ya verá como tenemos otro motín. ¿O será usted un personaje distinto en esta ocasión? Y en tal caso, ¿por qué? ¿Acaso es usted mejor por eso? ¿Y soy yo peor?

—Verá, amigo mío, la verdad es que no entiendo cómo está ocurriendo todo esto. No veo cómo es posible que usted y yo, que no existimos, estemos aquí conversando y fumando una pipa ante el mundo entero, como si fuésemos de carne y hueso. Pues bien, de ser así: ¿quién soy yo para soltar mis opiniones? Sé que el autor está de parte del bien. Me lo cuenta cuando se le acaba la tinta mientras está escribiendo. Y eso es todo cuanto yo necesito saber. Por lo demás, afrontaré los riesgos.

—Es evidente que parecía estar en contra de George Merry —concedió Silver, en tono pensativo—. Claro que George es poco más que un nombre, en el mejor de los casos —añadió, animándose un poco—. Pero, vayamos por una vez a lo esencial. ¿Qué es el bien? Yo organicé un motín, y soy un caballero de fortuna. Usted, a juzgar por lo que se dice, no es ningún santo. Yo soy un hombre de trato fácil. No es su caso: hasta usted mismo lo reconoce. Y a mí no se me escapa que es usted un diablo de cuidado. ¿Qué es qué? ¿Qué es el bien y qué es el mal? ¡Dígame usted! Estamos aquí a la espera, ¡por eso sí que puede apostar!

—Ninguno de los dos somos perfectos —respondió el Capitán—. Eso es

una verdad incontestable, amigo mío. Yo sólo digo que trato de cumplir con mi deber, y lo cierto es que no puedo felicitarle por sus éxitos, si es que usted también procura cumplir con el suyo.

—Con que ¿era usted el juez? —contestó Silver, con gesto socarrón.

—Para usted, amigo mío, seré el juez y el ahorcado, y sin pestañear —dijo el Capitán—. Incluso voy más allá. Quizá no suene a teología de la buena, pero el sentido común nos dice que lo bueno es además útil, o algo así, más o menos, que tampoco quiero yo pasar por un filósofo. Ahora bien, ¿a dónde iría a parar una buena narración si no hubiera personajes virtuosos?

—Si vamos a eso —replicó Silver—, ¿cómo empezaría una buena narración si no hubiera villanos?

—Eso mismo digo yo —asintió el capitán Smollet—. El autor necesita una historia. Eso es lo que quiere. Y para conseguirla, y ofrecer una oportunidad como es debido a un hombre como el doctor, pongamos por caso, necesita contar con hombres como usted y como Hands. ¡Pero él está del lado del bien! ¡Ándese con mucho ojo! Usted todavía no ha entrado en esta historia. Se le avecinan problemas.

—¿Cuánto quiere apostar? —le retó John.

—Eso me trae sin cuidado —contestó el Capitán—. Me contento con ser Alexander Smollet, aunque sea un mal hombre. Y de rodillas doy gracias a mis astros por no ser Silver. Pero se está destapando el tintero. ¡A nuestros puestos!

Y, efectivamente, el autor ya había empezado a escribir estas palabras:

Capítulo XXXIII

II

EL HUNDIMIENTO DEL BUQUE

—Señor —anunció el teniente primero, irrumpiendo en el camarote del Capitán—, el barco se hunde.

—Muy bien, señor Spoker —dijo el Capitán—, pero ésa no es razón para que vaya usted sin afeitar. Ejercite un momento su pensamiento, señor Spoker, y comprenderá que desde una perspectiva filosófica no hay nada nuevo en nuestra situación: el barco (si de verdad tiene que hundirse) podría decirse que se está hundiendo desde el momento de su botadura.

—Se está yendo a pique muy deprisa —informó el teniente primero, cuando regresó tras haberse afeitado.

—¿Muy deprisa, señor Spoker? —dijo el Capitán—. Es una expresión extraña, toda vez que el tiempo (si se detiene usted a pensarlo) es sólo relativo.

—Capitán —respondió el teniente—, no creo que valga la pena enzarzarse en semejante discusión cuando en menos de diez minutos estaremos todos en el fondo del armario de Davy Jones.

—Por ese mismo razonamiento —replicó amablemente el Capitán—, nunca valdría la pena iniciar ninguna investigación de cierta importancia. Las posibilidades de que hayamos muerto antes de haberla concluido son abrumadoras. No ha considerado usted, señor Spoker, la situación del ser humano —señaló el Capitán, sonriendo y sacudiendo la cabeza.

—Estoy mucho más ocupado en considerar la situación del barco —dijo el señor Spoker.

—Así habla un buen oficial —aprobó el Capitán, posando su mano en el hombro del teniente.

Al salir a cubierta comprobaron que la tripulación había irrumpido en la cantina y se aprestaba a emborracharse.

—Esto no tiene sentido —observó el Capitán—. Me dirán ustedes que el barco se habrá hundido en cuestión de diez minutos. Muy bien, ¿y entonces qué? Desde una perspectiva filosófica no hay nada nuevo en nuestra situación. En cualquier momento de nuestras vidas hemos estado expuestos a que se nos rompiera un vaso sanguíneo o a que nos cayera un rayo, no en cuestión de diez minutos, sino de diez segundos, y eso no nos ha impedido comer, no señor, ni guardar nuestro dinero en una cuenta de ahorro. Les aseguro, con la mano en el corazón, que no comprendo su actitud.

Los hombres estaban ya demasiado ebrios para prestar atención.

—Es una escena muy lamentable, señor Spoker —dijo el Capitán.

—Sin embargo, desde una perspectiva filosófica, o como quiera usted llamarla, podría decirse que están emborrachándose desde el momento en que subieron a bordo —repuso el teniente primero.

—No sé si sigue usted siempre mis reflexiones, señor Spoker —contestó el Capitán—. Pero, continuemos.

En el polvorín encontraron a un viejo lobo de mar fumando su pipa.

—¡Bendito sea Dios! —exclamó el Capitán—. ¿Qué está usted haciendo?

—Verá, Capitán —se disculpó el viejo marino—, me han dicho que nos

estamos yendo a pique.

—¿Y si así fuera? —preguntó el Capitán—. Desde una perspectiva filosófica no habría nada nuevo en nuestra posición. La vida, mi querido camarada, la vida, en cualquier momento, en cualquier circunstancia, es tan peligrosa como un barco que se hunde. Y no obstante, el hombre tiene la grata costumbre de usar paraguas, de ponerse chanclas de caucho, de acometer grandes empresas y de conducirse en todos los sentidos como si confiara en vivir eternamente. Y en lo que a mi humilde persona se refiere, desprecio al hombre que, aun a bordo de un barco que se hunde, prescinde de tomarse una píldora o de dar cuerda a su reloj. Ésa, amigo mío, no es una actitud humana.

—Discúlpeme, señor —observó el teniente Spoker—, pero ¿cuál es la diferencia exacta entre afeitarse en un barco que se hunde y fumar en un polvorín?

—¿O de hacer cualquier cosa en cualesquiera circunstancias concebibles? —exclamó el Capitán—. ¡Una observación sin duda muy pertinente! ¡Deme un cigarro!

Dos minutos más tarde, el navío saltaba por los aires con una poderosa detonación.

III

LAS DOS CERILLAS

Cierto día, un viajero atravesaba los bosques de California en plena estación seca, cuando los vientos alisios soplaban con fuerza. Había cabalgado un buen trecho y, sintiéndose cansado y hambriento, desmontó para fumar una pipa. Pero resultó que al llevarse la mano al bolsillo sólo encontró dos cerillas. Rascó la primera, y no prendió.

—Bonita situación —dijo el viajero—. Me muero por fumar y no me queda más que una cerilla. ¡Y seguro que no prende! ¿Hubo alguna vez hombre más desdichado? Sin embargo —caviló—, supongamos que enciendo la cerilla, me fumo mi pipa y la vacío aquí, en la hierba: la hierba podría incendiarse, porque está seca como la yesca. Y mientras intento sofocar a manotazos las llamas de delante, escapan, me persiguen por detrás y prenden esas matas de zumaque. Habrían ardido por completo antes de que pudiera alcanzarlas. Más allá de las matas veo un pino cubierto de musgo: también el pino se incendiaría al instante, hasta su rama más alta. Y la llama de esa larga antorcha... ¡los alisios la arrastrarían, blandiendo con ella el bosque inflamable! Ya oigo el bronco rugido que componen las voces combinadas del

viento y del fuego. Ya me veo escapando al galope para salvar mi alma, mientras el incendio surca el aire en pos de mí y me encierra entre los montes. Ya veo arder durante días este agradable bosque, y al ganado achicharrado, y las fuentes secas, y al granjero arruinado, y a sus hijos arrojados al mundo. ¡Todo un mundo depende de este momento!

Y tras esto, rascó la cerilla, que no prendió.

—Gracias a Dios —dijo el viajero, guardándose la pipa en el bolsillo.

IV

EL ENFERMO Y EL BOMBERO

Había una vez un hombre enfermo en una casa en llamas, en cuya ayuda acudió un bombero.

—No me salve —dijo el enfermo—. Salve a los que son fuertes.

—¿Tendría la bondad de explicarme por qué? —preguntó el bombero, que era un hombre educado.

—Nada sería más justo —respondió el enfermo—. Debe preferirse a los fuertes en todos los casos, pues pueden prestar mayor servicio al mundo.

El bombero reflexionó unos instantes, pues era un hombre de cierta filosofía.

—Concedido —dijo al fin, mientras una parte del tejado se desplomaba—, pero, por seguir con nuestra conversación, ¿cuál sería en su opinión el servicio de los fuertes, propiamente dicho?

—Nada más fácil —respondió el enfermo—. El servicio de los fuertes propiamente dicho es ayudar a los débiles.

El bombero reflexionó una vez más, pues no había en este hombre extraordinario premura alguna.

—Podría perdonarle por estar enfermo —dijo entonces, mientras se derrumbaba una parte de la pared—, pero no puedo tolerar que sea usted tan idiota. —Dicho lo cual levantó su hacha, pues era un hombre eminentemente justo, y partió en dos al enfermo en su lecho.

V

EL DIABLO Y EL POSADERO

Cierto día, el diablo se alojó en una posada donde nadie lo conocía, pues vivían allí personas que no habían recibido una educación esmerada. Era muy dado a hacer diabluras y tuvo a todo el mundo en vilo por espacio de algún tiempo, hasta que el posadero lo estuvo vigilando y lo sorprendió in fraganti.

El posadero cogió una cuerda.

—Ahora voy a azotarte —dijo.

—No tienes derecho a enfadarte conmigo —contestó el diablo—. No soy más que el diablo y está en mi naturaleza hacer el mal.

—¿Es eso cierto? —inquirió el posadero.

—Muy cierto, te lo aseguro.

—¿De verdad no puedes evitar hacer daño? —preguntó el posadero.

—Ni por asomo —contestó el diablo—. Sería inútil y cruel azotar a una cosa como yo.

—Tienes mucha razón —asintió el posadero.

Hizo un nudo con la cuerda, ahorcó al diablo y dijo:

—¡Listo!

VI

EL PENITENTE

Un hombre se encontró con un muchacho que estaba llorando.

—¿Por qué lloras? —preguntó el hombre.

—Lloro por mis pecados —contestó el muchacho.

—Debes de tener muy poco que hacer —señaló el hombre.

Volvieron a encontrarse al día siguiente y, una vez más, el muchacho estaba llorando.

—¿Y ahora por qué lloras? —preguntó el hombre.

—Lloro porque no tengo nada que comer —respondió el muchacho.

—Ya sabía yo que acabarías así —señaló el hombre.

VII

EL UNGÜENTO AMARILLO

En cierta ciudad vivía un boticario que vendía unguento amarillo. Era éste un remedio tan singular que quienes se lo untaban de la cabeza a los pies quedaban libres para siempre de los peligros de la vida, del cautiverio del pecado y del miedo a la muerte. Así lo aseguraba el boticario en su prospecto, y lo mismo decían todos los ciudadanos, y no había en los corazones de los hombres asunto más urgente que aplicarse debidamente el unguento, y nada les procuraba más deleite que ver a los demás embadurnados. Vivía en la misma ciudad un joven de muy buena familia, aunque de costumbres alocadas, que, si bien era ya un hombre hecho y derecho, no se le ocurría decir del unguento nada más que: «Ya me lo daré mañana». Y llegado el día siguiente seguía aplazándolo para más adelante. Y así podría haber seguido hasta el día en que muriese, de no ser por lo que le sucedió a un amigo de su misma edad y parecidas costumbres. El amigo iba un día paseando por la calle, sin una sola gota de unguento en el cuerpo, cuando de repente fue arrollado por un carro que segó su vida en la flor de la edad. El otro quedó conmovido en lo más hondo, tan es así que jamás había visto yo a un hombre más ansioso por aplicarse el unguento. Esa misma noche, en presencia de toda su familia y al son de la oportuna música, mientras el joven se deshacía en llanto, le untaron tres capas de la pomada. El boticario, que estaba también muy afectado y al borde de las lágrimas, declaró que nunca había dispensado su remedio más a conciencia

Unos dos meses más tarde, llevaron al joven en parihuelas a casa del boticario.

—¿Qué significa esto? —vociferó el joven, nada más abrirse la puerta—. El unguento debía librarme de todos los peligros de la vida, y aquí estoy, arrollado por el mismo carro y con una pierna rota.

—¡Ay, Dios! —exclamó el boticario—. Esto es una fatalidad. Comprendo que debo explicarle los efectos de mi unguento. Un hueso roto es un asunto insignificante en el peor de los casos, y corresponde a una modalidad de accidente para la cual mi remedio carece de utilidad. El pecado, amigo mío, el pecado es la única calamidad que un hombre sabio ha de temer. Es del pecado de lo que mi unguento le protege, y ya verá como cuando sienta la tentación me dará noticias de sus resultados.

—¡Vaya! —dijo el joven—. No lo había entendido así, y me resulta muy decepcionante. En todo caso, no me cabe duda de que será para bien. Entre tanto, le agradeceré que me componga la pierna.

—Eso no es asunto mío —dijo el boticario—, pero si lo llevan a casa del médico, a la vuelta de la esquina, seguro que él puede remediarlo.

Pasaron tres años y el joven regresó un día a casa del boticario, muy alterado.

—¿Qué significa esto? —vociferó—. ¿No estaba libre de la esclavitud del pecado? Acabo de incurrir en falsedad, en piromanía y en asesinato.

—¡Ay, Dios! —exclamó el boticario—. Eso sí que es grave. Desnúdese de inmediato. —Y en cuanto el joven se hubo desnudado, el boticario lo examinó de la cabeza a los pies—. No —anunció, con gran alivio—, no falta ni una sola escama. Alégrese, amigo mío, porque su ungüento está como nuevo.

—¡Qué disparate! —protestó el joven—. ¿Y eso de qué me sirve?

—Comprendo que debo explicarle los efectos de mi ungüento. No evita exactamente el pecado, sino que atenúa sus consecuencias más dolorosas. No vale tanto para este mundo como para el futuro. No actúa contra la vida. En resumidas cuentas, es para la muerte para lo que le he preparado. Y cuando vaya usted a morir, ya me dará noticias de sus efectos.

—¡Vaya! —dijo el joven—. No lo había entendido así y me resulta un tanto decepcionante. En todo caso, no me cabe duda de que será para bien. Entretanto, le agradeceré que me ayude a reparar el daño que he causado a personas inocentes.

—Eso no es asunto mío —dijo el boticario—, pero si va usted a la comisaría, que está a la vuelta de la esquina, podrá entregarse y encontrará alivio.

Al cabo de seis semanas se dio aviso al boticario para que acudiese a la prisión de la ciudad.

—¿Qué significa esto? —vociferó el joven—. Estoy literalmente embadurnado de su ungüento, me he roto una pierna, he cometido todos los delitos habidos y por haber y van a ahorcarme mañana. Y siento un pánico tan descomunal que no alcanzo a describirlo con palabras.

—¡Ay, Dios! —exclamó el boticario—. Esto es increíble. Bueno, es posible que, si no se hubiera aplicado el ungüento, estuviera aún más aterrado.

VIII

LA CASA DE ELD

En cuanto el niño empezó a hablar se remacharon los grilletes. Los pequeñines correteaban renqueando como presidiarios. Qué duda cabe de que las cadenas eran más lastimosas de ver y más dolorosas de llevar llegada la juventud. Hasta los adultos, además de moverse con torpeza, padecían frecuentes úlceras.

Cuando Jack tenía alrededor de diez años, el país comenzó a recibir la visita de muchos extranjeros. El muchachito los veía recorrer con ligereza los largos caminos, y esto le llenaba de asombro.

—No entiendo cómo todos esos extranjeros caminan tan deprisa, mientras que nosotros tenemos que arrastrar los grilletes —observó un día.

—Mi querido muchacho —dijo su tío, el catequista—, no te quejes de tus grilletes, pues es lo único por lo que merece la pena vivir la vida. Nadie es feliz, nadie es bueno, nadie es respetable, si no va encadenado como nosotros. Además, debo decirte que ésta es una conversación muy peligrosa. Si te quejas de los hierros, caerás en desgracia. Si alguna vez se te ocurre quitártelos, en ese mismo instante serás fulminado por un rayo.

—¿Y los rayos no afectan a los extranjeros? —quiso saber Jack.

—Júpiter se resigna con los ignorantes —respondió el catequista.

—¡Pues ya quisiera yo haber sido menos afortunado! —dijo Jack—. Si hubiera nacido ignorante, ahora podría andar con libertad, pues no se puede negar que los grilletes son incómodos y que las llagas duelen.

—¡Ah! —exclamó su tío—. ¡No envidies a los paganos! ¡El suyo es un destino muy triste! ¡Pobres hombres que no conocen la dicha de llevar las cadenas! Mi corazón padece por esos desgraciados. Aunque lo cierto es que son viles, detestables, insolentes, holgazanes, bestias apestosas, criaturas infrahumanas, pues ¿qué es un hombre sin grilletes? Cuídate mucho de acercarte a hablar con ellos.

Tras esta conversación, el muchacho no perdía la ocasión de escupir o de insultar a los que iban sin grilletes cada vez que se cruzaba con alguno, como tenían por costumbre los niños de aquel país.

Sucedió un día, cuando Jack tenía quince años, que se adentró en los bosques y la llaga empezó a dolerle. Era un día claro, de cielo azul, y todos los pájaros cantaban al unísono. Jack se detuvo para cuidar de su pie. Entonces oyó otro canto: parecía una voz humana, sólo que era mucho más alegre. A la par se oyó un golpe en el suelo. Jack retiró el follaje y vio a un muchacho de su mismo pueblo, saltando, bailando y cantando en una verde hondonada. Los grilletes del bailarín descansaban sobre la hierba.

—¡Ay! —exclamó—. ¡Te has quitado los grilletes!

—¡Por lo que más quieras, no se lo digas a tu tío! —suplicó el muchacho.

—Si temes a mi tío, ¿cómo es que no le temes al rayo?

—Eso son cuentos de viejas —dijo el otro—. Sólo se los cuentan a los niños. Muchos de nosotros venimos aquí por las noches y bailamos juntos en el bosque. Nunca nos ha pasado nada malo.

Estas palabras dieron mucho que pensar a Jack. Era un chico serio y no tenía intención de ponerse a bailar. Soportaba sus grilletes con hombría y cuidaba de sus llagas sin lamentaciones. Lo que le gustaba menos era que le engañasen o ver cómo engañaban a los demás. Empezó a esconderse entre las matas al caer la tarde, a la espera de que pasaran los paganos para poder hablar con ellos sin que nadie lo viese. Los viajeros se mostraban sumamente complacidos con las preguntas del muchacho agazapado al borde del camino y le ofrecían respuestas de mucha envidia. Eso de llevar grilletes, le decían, no era una orden de Júpiter. Era una artimaña de una cosa de cara blanca, de un hechicero que vivía en ese país, en el bosque de Eld. Aquella criatura era, como Glauco, capaz de cambiar de forma, pero siempre se le reconocía, pues, cuando uno se cruzaba con él, gluguteaba como un pavo. Tenía tres vidas, si bien al tercer golpe se acababa con él definitivamente. Entonces, la casa donde practicaba sus conjuros se esfumaría, los grilletes caerían y los lugareños se cogerían de las manos y bailarían como niños.

—¿Y en tu país? —preguntaba Jack.

Sin embargo, todos los viajeros eludían de común acuerdo esta pregunta, y Jack comenzó a sospechar que no existía ningún país enteramente feliz. O, si lo había, la gente no salía de allí, lo cual era muy natural.

Pero el asunto de los grilletes le pesaba mucho. Le obsesionaba ver a los niños cojeando y oír sus gemidos cuando les curaban las llagas. Y terminó por convencerse de que había nacido para liberarlos.

Había en su pueblo una espada forjada en los cielos, fraguada en el yunque de Vulcano. Sólo se usaba en el templo, y únicamente con la parte plana de la hoja. Colgaba de un clavo sobre la chimenea. Una noche, Jack se levantó, cogió la espada y salió de la casa y del pueblo en la oscuridad.

Pasó toda la noche caminando a la aventura y, cuando llegó el día, se topó con unos desconocidos que iban camino de los campos. Les preguntó dónde estaba el bosque de Eld y la casa del hechicero. Uno dijo que al Norte y el otro dijo que al Sur, y Jack comprendió que mentían. En lo sucesivo, cada vez que se cruzaba con un hombre le mostraba la refulgente hoja de la espada, a lo cual los grilletes del otro tintineaban y respondían por él. Y la respuesta era siempre: «Todo derecho». No obstante, cuando los grilletes hablaban, el hombre escupía a Jack, lo empujaba y lo apedreaba al alejarse, de tal suerte

que el chico terminó con la cabeza escalabrada.

Así llegó al mencionado bosque y en él se adentró, y vislumbró una casa en una hondonada donde crecían los hongos y los árboles se entrelazaban y los vapores de la ciénaga ascendían por el aire como el humo. La casa era bonita y muy laberíntica. Algunas partes eran tan antiguas como los montes, mientras que otras parecían de ayer mismo y estaban sin terminar. Todos los extremos de la construcción estaban abiertos y se podía entrar desde cualquier lado. En todo caso, la vivienda se hallaba en buen estado y salía humo de todas las chimeneas.

Jack entró por el tejado y fue encontrando una sucesión de habitaciones, todas vacías, aunque parcialmente amuebladas, de manera que resultasen habitables. En todas ellas ardía un fuego junto al que un hombre podía calentarse y en todas había una mesa dispuesta para que pudiese comer. Sin embargo, Jack no vio ni un alma: sólo algunos cadáveres disecados.

«Es una casa muy acogedora —pensó—, aunque parece construida sobre un lodazal, pues tiembla a cada paso».

Llevaba un rato en la casa cuando empezó a tener hambre. Se fijó en la comida y al principio tuvo miedo. Pero desenvainó la espada, y al fulgor del metal le pareció que la comida era de fiar. Así pues se armó de valor para sentarse y comer, y al instante se sintió renovado en cuerpo y alma.

«Es extraño —se dijo—, que en casa del hechicero haya comida tan saludable».

Seguía comiendo cuando vio entrar en la habitación a su tío en persona, y tuvo miedo, por haber cogido la espada. Pero el catequista se mostró más amable que nunca, se sentó a comer con él y lo elogió por haberse llevado la espada. Jamás habían pasado los dos un rato tan agradable juntos, y Jack se sentía rebosante de amor por su tío.

—Has hecho muy bien —dijo el catequista— en coger la espada y venir por tu propio pie a la casa de Eld. Un buen pensamiento y una acción valerosa. Ahora que ya estás satisfecho, podemos volver a casa a cenar cogidos del brazo.

—¡No, por favor! —dijo Jack—. Todavía no estoy satisfecho.

—¿Cómo? —protestó su tío—. ¿No te ha calentado este fuego? ¿No te han nutrido estos alimentos?

—Veo que esta comida es muy saludable —respondió el muchacho—, pero eso sigue sin demostrar que un hombre tenga que llevar grilletes en el pie derecho.

A lo cual, la aparición de su tío glugluteó como un pavo.

—¡Por Júpiter! —exclamó Jack—. ¿Es el hechicero?

La mano no le respondía y le faltaba el valor, por lo mucho que quería a su tío, pero al fin levantó la espada y le asestó un mandoble en la cabeza. La aparición aulló con la voz de su tío y cayó al suelo. Y una cosa blanca y sin vida escapó de la habitación.

El grito resonó en los oídos de Jack, que se hincó de rodillas, con gran remordimiento de conciencia. Sin embargo, se sentía fortalecido, y en lo más profundo de su ser despertó el apetito por la sangre del mago.

«Si han de caer los grilletes —pensó— debo acabar con esto y, cuando vuelva a casa me encontraré a mi tío bailando».

Así, fue en pos de aquella cosa sin vida. Por el camino se encontró con su padre, que parecía muy indignado, le recriminó, le instó a cumplir con su deber y le rogó que volviera a casa mientras aún estuviera a tiempo.

—Aún puedes estar de vuelta antes de que caiga el sol —dijo—, y se te perdonará todo.

—Bien sabe Dios —contestó Jack— que temo tu ira, pero tu ira no demuestra que un hombre tenga que llevar grilletes en el pie derecho.

A lo cual la aparición de su padre glugluteó como un pavo.

—¡Ay, cielos! —exclamó Jack—. ¡Otra vez el hechicero!

Se le heló la sangre en las venas y sus articulaciones se rebelaron, por lo mucho que quería a su padre. Pero alzó la espada y se la hundió en el corazón. La aparición aulló con la voz de su padre y cayó al suelo. Y una cosa blanca, sin vida, escapó de la habitación.

El aullido resonó en los oídos de Jack, y se oscureció su alma. Y de pronto se llenó de cólera.

«He hecho algo que ni siquiera me atrevo a imaginar —se dijo—. Terminaré con esto o moriré en el intento. Y cuando vuelva a casa, le pido a Dios que todo esto sea un sueño y que me encuentre a mi padre bailando».

Así, fue en pos de aquella cosa sin vida que había escapado, y en el camino se encontró con su madre, que estaba llorando.

—¿Qué has hecho? —le gritó—. ¿Qué es lo que has hecho? Vuelve a casa, donde deberías estar antes de que sea la hora de acostarse, y no me hagas más daño a mí y a los míos. Ya es suficiente con que hayas atacado a mi hermano y a tu padre.

—Querida madre —dijo Jack—, no es a ellos a quienes he atacado, sino al hechicero que ha adoptado su apariencia. Y, aun cuando así hubiera sido, eso

no demuestra que un hombre tenga que llevar grilletes en el pie derecho.

A lo cual la aparición de su madre glugluteó como un pavo.

Jack nunca llegó a saber cómo lo hizo, pero blandió la espada y partió en dos a la aparición, que aulló con la voz de su madre y cayó al suelo. Y, al caer, la casa se desplomó sobre la cabeza de Jack, y el chico se vio solo en mitad del bosque, libre de sus grilletes.

«Bien —pensó—, el hechicero está muerto y han caído las cadenas». Pero los gritos seguían resonando en sus oídos y el día se tornó como la noche. «Ha sido una empresa muy ardua. Ahora saldré del bosque y comprobaré el bien que he hecho a los demás».

Pensó dejar los grilletes donde habían caído, pero cuando se disponía a marcharse cambió de opinión. Se agachó y se ciñó la cadena al pecho: el duro hierro se le clavaba al andar, y su pecho sangraba.

Cuando salió del bosque y se vio en el camino, se encontró con la gente que volvía de los campos, y vio que no llevaban grilletes en el pie derecho, pero ¡hete aquí que los llevaban en el izquierdo! Jack les preguntó qué significaba aquello. Y le dijeron: «Es la nueva costumbre, pues hemos sabido que la antigua era una superstición». Los examinó de cerca y vio que tenían una nueva úlcera en el tobillo izquierdo, mientras que la del derecho aún no se había curado.

—¡Que Dios me perdone! —exclamó Jack—. Ojalá no hubiera salido de casa.

Y al llegar a casa se encontró a su tío con la cabeza abierta y a su padre con el corazón perforado y a su madre partida por la mitad. Y se sentó en la casa solitaria a llorar junto a sus cadáveres.

MORALEJA

Viejo es el árbol y bueno el fruto.

Muy antiguo y profundo es el bosque.

Leñador, ¿es tu valor tenaz?

¡Cuidado! La raíz se ha enredado en torno

al corazón de tu madre y los huesos de tu padre.

Y, como la mandrágora, asoma entre gemidos.

LOS CUATRO REFORMISTAS

Cuatro reformistas se reunieron junto a una zarza. Todos coincidían en la necesidad de cambiar el mundo.

—Debemos abolir la propiedad —dijo el primero.

—Debemos abolir el matrimonio —dijo el segundo.

—Debemos abolir a Dios —dijo el tercero.

—A mí me gustaría abolir el trabajo —dijo el cuarto.

—No vayamos más allá de la política práctica —dijo el primero—. Lo principal es reducir a los hombres a un nivel común.

—Lo principal es otorgar libertad a ambos sexos —dijo el segundo.

—Lo principal es encontrar la manera de hacerlo —dijo el tercero.

—Lo primero es abolir la Biblia —dijo el primero.

—Lo principal es abolir las leyes —dijo el segundo.

—Lo principal es abolir la humanidad —dijo el tercero.

X

EL HOMBRE Y SU AMIGO

Un hombre discutió con su amigo.

—Me has decepcionado mucho —dijo.

El amigo hizo una mueca y se fue.

Poco después, los dos murieron y comparecieron a la vez ante el gran Juez de Paz blanco. Las cosas empezaron a ponerse negras para el amigo, mientras que el hombre tenía la conciencia limpia y se iba poniendo de buen humor.

—Veo que hay antecedentes de una disputa —señaló el juez, consultando sus notas—. ¿Quién de los dos obró mal?

—Fue él —dijo el hombre—. Habló mal de mí a mis espaldas.

—¿Eso hizo? —preguntó el juez—. Y dígame, ¿cómo hablaba de sus vecinos?

—Siempre tuvo la lengua muy larga —dijo el hombre.

—¿Y lo eligió usted como amigo? —exclamó el juez—. Señor mío, aquí no tenemos tiempo para tontos.

De manera que arrojaron al hombre al pozo, mientras el amigo se carcajeaba y se asomaba a la oscuridad, a la espera de ser juzgado por otros delitos.

XI EL LECTOR

Es el libro más impío que he leído en la vida —dijo el lector, arrojando el volumen al suelo.

—Tampoco hace falta que me maltrates —dijo el libro—. Así te darán menos por mí cuando me vendas de segunda mano. Además, yo no me escribí.

—Eso es verdad —concedió el lector—. Es con tu autor con quien me enfado.

—Pues no compres sus peroratas —dijo el libro.

—Eso es verdad —concedió el lector—, pero es que lo tenía por un autor alegre.

—A mí me lo parece —dijo el libro.

—Debes de ser muy distinto de mí —dijo el lector.

—Deja que te cuente una fábula —dijo el libro—. Dos hombres naufragaron en una isla desierta. Uno de ellos fingió que estaban en casa, el otro lo aceptó y...

—Sí, ya conozco esa clase de fábula —dijo el lector—. Los dos murieron.

—Sí, murieron —dijo el libro—. De eso no cabe duda. Como todo el mundo.

—Eso es verdad —dijo el lector—. Vayamos un poco más allá por esta vez. ¿Qué pasó cuando todos hubieron muerto?

—Que quedaron en manos de Dios, igual que antes —dijo el libro.

—No hay mucho de lo que alegrarse, según tu fábula.

—¿Quién está siendo impío ahora? —dijo el libro.

Y el lector lo arrojó al fuego.

El cobarde se arredra ante la vara,

Y no tolera el férreo semblante de Dios.

XII

EL CIUDADANO Y EL VIAJERO

—Mira a tu alrededor —dijo el ciudadano—. Éste es el mercado más grande del mundo.

—Seguro que no —dijo el viajero.

—Bueno, puede que no sea el más grande, pero sí es el mejor —dijo el ciudadano.

—En eso te equivocas —dijo el viajero—. Te aseguro que...

Enterraron al extranjero al caer la tarde.

XIII

EL DISTINGUIDO EXTRANJERO

Una vez llegó a este mundo un visitante de un planeta vecino, y se encontró en el lugar de su descenso con un gran filósofo que iba a encargarse de enseñárselo todo.

Primero cruzaron un bosque, y el extranjero se fijó en los árboles.

—¿Quiénes son? —preguntó.

—Son sólo vegetales. Están vivos, pero carecen de cualquier interés.

—No sabría yo qué decirle. Parecen muy educados. ¿Nunca hablan?

—No tienen ese don —dijo el filósofo.

—Pues a mí me parece que los oigo cantar —dijo el otro.

—Es sólo el viento entre el follaje —señaló el filósofo—. Le explicaré la teoría de los vientos: es muy interesante.

—Bueno —dijo el extranjero—, me gustaría saber qué piensan.

—No pueden pensar —repuso el filósofo.

—No sabría yo qué decirle —respondió el extranjero. Posó una mano en un tronco y añadió—: Me gusta esta gente.

—No son gente —contestó el filósofo—. Sigamos.

A continuación llegaron a un prado, donde había vacas.

—Qué gente tan sucia —observó el extranjero.

—No son gente —respondió el filósofo. Y le explicó lo que era una vaca, en términos científicos que he olvidado.

—Eso me da lo mismo —dijo el extranjero—, pero ¿por qué no levantan la cabeza?

—Porque son herbívoros —explicó el filósofo—, y vivir de la hierba, que no es un alimento muy nutritivo, requiere tanta concentración que no tienen tiempo ni de pensar, ni de hablar ni de contemplar el paisaje o asearse.

—Bueno, supongo que es una forma de vida, aunque yo prefiero a la gente de cabezas verdes —dijo el extranjero.

Finalmente llegaron a una ciudad, llena de hombres y mujeres.

—Qué gente tan extraña —observó el extranjero.

—Son los habitantes de la nación más grande de este mundo —dijo el filósofo.

—¿De verdad? —preguntó el extranjero—. No lo parecen.

XIV

LOS CABALLOS DE TIRO Y EL CABALLO DE SILLA

Dos caballos de tiro, una yegua y un caballo castrado fueron llevados a Samoa. Los dejaron en un prado junto a un caballo de silla, para que pudieran correr libremente por la isla. Los recién llegados tenían mucho miedo de acercarse al otro, pues vieron que era un caballo de silla y pensaron que no se dignaría hablar con ellos. El caballo de silla nunca había visto animales tan grandes.

«Deben de ser jefes muy importantes», pensó. Y se acercó a ellos con mucha cortesía.

—Señora y caballero —dijo—, supongo que vienen ustedes de las colonias. Les presento mis respetos y les doy mi más cordial bienvenida a la isla.

Los caballos de las colonias lo miraron recelosos y consultaron el uno con el otro.

—¿Quién será? —preguntó el caballo castrado.

—Su cortesía es muy sospechosa —dijo la yegua.

—No creo que cuente gran cosa —dijo el caballo castrado.

—Eso depende de si no es más que un kanaka —dijo la yegua.

Se volvieron hacia él.

—¡Vete al diablo! —le espetó el caballo castrado.

—¡Qué impertinencia, dirigirse a personas de nuestra categoría! —exclamó la yegua.

El caballo de tiro se alejó, pensando: «Tenía razón. Son jefes muy importantes».

XV

EL RENACUAJO Y LA RANA

—¡Vergüenza debería darte! —dijo la rana—. Cuando yo era un renacuajo, no tenía cola.

—¡Justo lo que yo pensaba! —respondió el renacuajo—. Nunca fuiste un renacuajo.

XVI

ALGO HAY

Los nativos le contaron muchas historias. Le previnieron principalmente de la casa de juncos amarillos atados con una cuerda negra, pues quien la tocaba se convertía al punto en presa de Akaänga, y era llevado a su presencia por Miru la Roja, y embriagado con la raíz del kava, y asado en los hornos y devorado por los comedores de muertos.

—Eso no es cierto —dijo el misionero.

Había en la isla una bahía, una bahía muy hermosa, pero según los nativos el que allí se bañaba moría.

—Eso no es cierto —dijo el misionero. Y se fue a nadar en la bahía. De repente lo atrapó un remolino y lo llevó hacia los arrecifes.

«¡Ay! —pensó el misionero—. Al final va a ser verdad que algo hay». Y nadó con más fuerza, pero la corriente seguía arrastrándolo. «Me trae sin cuidado este remolino», dijo. Y no había terminado de decirlo cuando vio una casa construida sobre pilotes en el mar. Era una casa de juncos amarillos, unidos entre sí y atados todos por una cuerda negra. Una escalera conducía hasta la puerta y de todas las paredes colgaban calabazas. El misionero nunca había visto una casa parecida, ni calabazas parecidas, y el remolino lo llevó hasta la escalera. «Esto es muy singular, aunque no creo que haya nada aquí». Se sujetó a la escalera y trepó por ella. Era una casa muy bonita, pero estaba vacía. El misionero se volvió y no vio ninguna isla: sólo el mar en su vaivén. «¡Qué raro lo de la isla! —se dijo el misionero—. Pero ¿quién tiene miedo? Mis historias sí que son ciertas». Echó mano de una calabaza, pues era un hombre curioso. No había hecho más que cogerla cuando la calabaza que tenía en la mano, junto con la casa que había visto y en la que se encontraba, estallaron como una pompa de jabón y se esfumaron. La noche se cerró sobre él, sobre las aguas y sobre las redes de pesca, y el misionero se revolcó como un pez.

«Pues sí parece que aquí hay algo —pensó el misionero—. Pero si esas historias son verdad, ¡qué no serán las mías!».

Entonces, la llama de la antorcha de Akaänga se aproximó en la noche, y unas manos deformes buscaron a tientas entre las redes, agarraron al misionero entre el índice y el pulgar y se lo llevaron, chorreando, en mitad de la noche y el silencio, hasta el lugar donde se encontraban los hornos de Miru. Y allí estaba Miru, enrojecida por el resplandor de los hornos; y cuatro de sus hijas, sentadas, preparando el kava de los muertos; y los llegados de las islas de los vivos, empapados y lamentando su suerte.

Era un lugar aterrador para los hijos de los hombres. Pero, de todos los que allí habían llegado, el misionero era el más afligido. Y para colmo, el que estaba a su lado era un indígena al que él mismo había evangelizado.

—¡Vaya! —dijo el converso—. ¿Con que estás aquí, igual que tus vecinos? ¿Y qué ha sido de todas tus historias?

—Me parece que no eran ciertas —respondió el misionero, rompiendo a llorar.

A esas alturas el kava de los muertos estaba listo y las hijas de Miru comenzaron a entonar sus cánticos según la antigua usanza.

«Se han marchado las verdes islas y el mar resplandeciente, y el sol y la luna y los cuarenta millones de estrellas, y la vida y el amor y la esperanza. Ya sólo puedes sentarte en mitad de la noche y del silencio a contemplar cómo son devorados tus amigos, porque la vida es un engaño y la venda ha caído de

tus ojos».

Terminado el cántico, una de las hijas se acercó con el cuenco de kava. El misionero sintió cómo crecía en su pecho el deseo de probar aquel brebaje. Lo anhelaba como anhela la tierra el nadador o el novio a su prometida. Y tendió la mano, cogió el cuenco y bebió un trago. Entonces se acordó, y soltó el cuenco.

—¡Bebe! —dijo la hija de Miru—. No hay kava comparable al kava de los muertos, y beberlo una sola vez es la recompensa de los vivos.

—Te lo agradezco. Huele de maravilla —dijo el misionero—. Pero soy un hombre de prestigio, y aunque sé que existen diferencias de opinión, incluso dentro de nuestro propio credo, siempre he sostenido que no debía probarse el kava.

—¡Cómo! —protestó el converso—. ¿Vas a respetar un tabú en un momento como éste? ¡Tú, que tanto te oponías a los tabúes cuando estabas vivo!

—Sólo a los de los demás —dijo el misionero—. Nunca a los míos.

—Pero los tuyos han resultado ser falsos —replicó el converso.

—Eso parece —asintió el misionero—, y no puedo evitarlo. Pero no hay razón para que rompa mi promesa.

—¡En la vida he visto cosa igual! —exclamó la hija de Miru—. Dime, ¿qué esperas ganar?

—Ésa no es la cuestión —dijo el misionero—. Si he exigido a otros esa promesa, no voy a romperla ahora.

La hija de Miru estaba desconcertada. Fue a contárselo a su madre, y Miru se enfadó mucho. Juntas acudieron a Akaänga.

—No sé qué hacer —dijo Akaänga. Y fue a razonar con el misionero.

—Pero es que existen el bien y el mal —dijo el misionero—, y eso tus hornos no pueden cambiarlo.

—Dadles el kava a los demás —les dijo Akaänga a las hijas de Miru—. Tengo que librarme de inmediato de este leguleyo, o tendremos problemas.

Al momento, el misionero aparecía en mitad del mar y frente a él se extendía la isla con sus palmeras. Nadó alegremente hasta la costa y salió del agua. Eran muchas las reflexiones que se agolpaban en su pensamiento.

«Debo de estar mal informado sobre algunos detalles —pensó—. Puede que no haya tanto de cierto en todo esto como yo suponía, pero al final resulta que algo hay. Es un motivo para alegrarse».

Y tocó la campana para llamar a misa.

MORALEJA

Los palos se quiebran y las rocas se desmoronan.

Los altares eternos se derrumban.

Sanciones y leyendas se esfuman como niebla

en torno al asombrado evangelista

cuyo sostén ha sido de hora en hora

un punto diminuto de verdad.

XVII

CREER, CREER A MEDIAS Y NO CREER EN NADA

Tres hombres emprendieron una peregrinación en tiempos antiguos. Uno era un sacerdote, el otro un hombre de virtud y el tercero un viejo trotamundos provisto de un hacha.

Mientras caminaban, el sacerdote habló de los cimientos de la fe.

—En las obras de la naturaleza hallamos pruebas de nuestra religión —dijo, dándose un golpe de pecho.

—Eso es cierto —dijo el hombre de virtud.

—El pavo real tiene una voz poderosa —dijo el sacerdote—, tal como se ha señalado siempre en nuestros libros. ¡Tan alentadora! —exclamó, como si llorase—. ¡Tan reconfortante!

—Yo no necesito de tales pruebas —dijo el hombre de virtud.

—En tal caso tu fe no es aceptable —dijo el sacerdote.

—¡Grande es el bien y ha de prevalecer! —entonó el hombre de virtud—. Hay lealtad en mi alma. Ten por seguro que hay lealtad en el espíritu de Odín.

—Eso son simples juegos de palabras —replicó el sacerdote—. Semejante montón de tonterías nada significa para el pavo real.

Pasaron entonces junto a una granja en la que había un pavo real posado en una cerca, que abrió la boca y cantó con la voz de un ruiseñor.

—¿Qué me dices ahora? —preguntó el hombre de virtud—. ¡Y sin embargo, esto a mí no me afecta! ¡Grande es la verdad y ha de prevalecer!

—¡El diablo acompaña a este pavo real! —dijo el sacerdote. Y a lo largo de varios kilómetros se mostró muy abatido.

Llegaron luego a un templo, donde un faquir obraba milagros.

—¡Ah! —dijo el sacerdote—. Aquí residen los verdaderos cimientos de la fe. El pavo real no es más que un pequeño complemento. Ésta es la base de nuestra religión. —Y se dio un golpe de pecho, gimiendo como si tuviera un cólico.

—En mi opinión —dijo el hombre de virtud— todo esto cuenta tan poco como el pavo real. Yo creo porque veo que el bien es grande y ha de prevalecer. Y este faquir bien podría ya continuar con sus trucos de magia hasta el Día del Juicio Final, que no podrá engañar a un hombre como yo por mucho que se empeñe.

Tanto se indignó el faquir que le tembló la mano, y hete aquí que las cartas se le cayeron de la manga en mitad de un milagro.

—¿Qué me dices ahora? —preguntó el hombre de virtud—. ¡Y sin embargo, esto a mí no me afecta!

—¡El diablo acompaña a este faquir! —dijo el sacerdote—. La verdad es que no veo el sentido de proseguir esta peregrinación.

—¡Anímate! —dijo el hombre de virtud—. ¡Grande es el bien y ha de prevalecer!

—¿Tan seguro estás de que ha de prevalecer? —preguntó el sacerdote.

—En ello empeño mi palabra —respondió el hombre de virtud.

Y esto hizo que el sacerdote continuara de mejor ánimo.

Finalmente, un hombre se les acercó corriendo y les dijo que todo estaba perdido: los poderes de la oscuridad asediaban las Mansiones Celestiales, Odín iba a morir y el mal triunfaría.

—Esto es muy decepcionante —dijo el hombre de virtud.

—Todo está perdido —dijo el sacerdote.

—¿Será demasiado tarde para pactar con el diablo? —preguntó el hombre de virtud.

—Espero que no —contestó el sacerdote—. En todo caso, podemos intentarlo. Pero ¿qué haces con el hacha? —le preguntó al trotamundos.

—Me dispongo a morir con Odín —respondió el trotamundos.

XVIII

LA PIEDRA DE TOQUE

El rey era un hombre que sabía mostrarse ante el mundo. Su sonrisa era dulce como el trébol, aunque su alma no era más grande que un guisante. Tenía dos hijos, por el menor de los cuales sentía un gran afecto, mientras que al mayor lo temía. Sucedió un día que los tambores redoblaron en la oscuridad, antes de rayar el alba, y el Rey partió a caballo con sus dos hijos y un séquito de valientes. Cabalgaron por espacio de dos horas y llegaron a los pies de una montaña marrón, muy empinada.

—¿Por dónde avanzamos? —preguntó el hijo mayor.

—Cruzaremos esa montaña marrón —dijo el Rey, sonriendo para sus adentros.

—Mi padre sabe lo que se hace —señaló el hijo menor.

Y cabalgaron otras dos horas hasta alcanzar las orillas de un río negro y asombrosamente profundo.

—¿Por dónde avanzamos?

—Atravesaremos ese río negro —dijo el Rey, sonriendo para sus adentros.

—Mi padre sabe lo que se hace —señaló el hijo menor.

Cabalgaron el día entero y, a eso del atardecer llegaron a orillas de un lago, donde se alzaba un castillo.

—Aquí es donde venimos —dijo el Rey—. A la casa de un Rey que es sacerdote, una casa en la que aprenderéis mucho.

A las puertas del castillo salió a recibirlos el Rey que era sacerdote y un hombre muy circunspecto, acompañado de su hija, que era rubia como el alba y sonreía sin levantar la vista del suelo.

—Éstos son mis dos hijos —dijo el Rey.

—Y ésta es mi hija —dijo el Rey que era sacerdote.

—Es una joven de extraordinaria belleza —dijo el primer Rey— y me agrada su manera de sonreír.

—Y sus hijos son jóvenes de excelente constitución, y me agrada su seriedad —dijo el segundo Rey.

A esto, los dos reyes se miraron el uno al otro y dijeron:

—Podría ser.

Y al mismo tiempo los dos jóvenes miraron a la muchacha, palideciendo el uno y sonrojándose el otro. Y la muchacha sonrió sin apartar la vista del suelo.

—Me casaré con esta muchacha —dijo el hermano mayor—, pues creo que me ha sonreído.

El menor tiró a su padre de la manga y dijo:

—Padre, permíteme una palabra al oído. Si gozo de tu favor, ¿podría casarme con esta joven, pues creo que me ha sonreído?

—Permíteme otra a mí —dijo su padre—. El buen cazador sabe esperar y en boca cerrada no entran moscas.

Pasaron al castillo para disfrutar de un banquete. Tan grande era la morada que los dos hermanos estaban impresionados. El Rey que era sacerdote se sentó a un extremo de la mesa y guardó silencio, de tal suerte que inspiró en los muchachos un hondo respeto. La muchacha sirvió la comida, sonriendo, con la mirada baja, y los hermanos sintieron cómo se ensanchaban sus corazones.

Antes de que saliera el sol, el mayor de los hijos se levantó y encontró a la muchacha ante su telar, pues era una joven muy diligente.

—Muchacha —dijo—, de buen grado me casaría contigo.

—Tendrás que hablar con mi padre —respondió ella, y bajó la vista, sonriendo, y se transformó en una rosa.

«Su corazón está conmigo», pensó el hijo mayor. Y bajó a orillas del lago y allí se puso a cantar.

Poco después llegó el hermano menor.

—Muchacha —dijo—, si nuestros padres dan su consentimiento, me gustaría casarme contigo.

—Puedes hablar con mi padre —dijo ella, y bajó la vista, sonriendo, y se convirtió en una rosa.

«Es una hija obediente —pensó el hermano menor—. Será una esposa obediente». Y acto seguido se preguntó: «¿Qué debo hacer?» Y recordó que el padre de la muchacha era un sacerdote, de manera que entró en el templo y allí sacrificó una comadreja y una liebre.

Se propagó la noticia, y los dos jóvenes, junto con su padre, fueron llamados a presencia del Rey que era sacerdote, a quien encontraron sentado en su trono.

—En poco estimo las riquezas —dijo el Rey que era sacerdote— y en poco el poder. Pues vivimos entre las sombras de las cosas y nuestro corazón se

harta de verlas. Y nos quedamos a merced del viento como ropa tendida, y el corazón se cansa del viento. Pero hay una cosa que sí aprecio, y es la verdad. Y sólo a cambio de una cosa ofreceré a mi hija, y es la piedra que prueba la verdad. Pues a la luz de esa piedra, las apariencias se desvanecen y se revela el ser y todo lo demás carece de valor. Así pues, muchachos, si deseáis casaros con mi hija, salid y traedme la piedra de toque, pues ése es el precio que hay que pagar por ella.

—Permíteme una palabra —le dijo a su padre el hermano menor—. Yo creo que podemos pasarnos muy bien sin esa piedra.

—Permíteme otra a mí —dijo su padre—. Soy de tu misma opinión, pero en boca cerrada no entran moscas. —Dicho lo cual le sonrió al Rey que era sacerdote.

El hijo mayor se puso en pie y se dirigió al Rey que era sacerdote, llamándole padre.

—Pues tanto si llego a casarme con su hija como si no, así le llamaré, por el amor que me inspira su sabiduría. Y en este mismo instante me dispongo a partir y a recorrer el mundo en busca de la piedra de toque. —De esta manera se despidió y salió a cabalgar por el mundo.

—Creo que yo también iré, si tengo tu permiso —dijo el hermano menor—. Mi corazón suspira por esta muchacha.

—Tú vendrás a casa conmigo —dijo su padre.

Volvieron a casa, y una vez allí, el Rey le mostró a su hijo su tesoro.

—Ésta es la piedra de toque que confirma la verdad, pues no existe verdad sino la pura verdad. Y si miras en su interior, te verás tal como eres.

El hijo menor miró en el interior de la piedra, vio su rostro como el semblante de un joven imberbe y quedó más que complacido, pues la piedra era un trozo de espejo.

—No me parece que este objeto merezca tanto esfuerzo —pensó—, pero si con ello consigo a la muchacha, no habré de quejarme. ¡Mira que es tonto mi hermano, que ha salido a buscar por todo el mundo cuando la piedra ha estado siempre en casa!

Regresaron al otro castillo y le mostraron el espejo al Rey que era sacerdote. Y cuando éste hubo mirado en su interior y se hubo visto como un Rey, y su casa como la morada de un soberano y todas las cosas tal como eran, bendijo a Dios lleno de alegría.

—Pues ahora sé —dijo—, que no existe más verdad que la pura verdad, y en efecto soy un Rey, aunque mi corazón me hiciese dudar. —Dicho esto

derribó su templo y construyó uno nuevo, y así el hermano menor se casó con la muchacha.

Entre tanto, el hermano mayor recorría el mundo en busca de la piedra de toque que daba prueba de la verdad. Y cada vez que llegaba a un lugar habitado, preguntaba a las gentes si habían oído hablar de ella. Y en todas partes le respondían: «No sólo hemos oído hablar de ella sino que somos sus únicos propietarios, y hasta hoy cuelga junto a la chimenea». El joven se alegraba mucho y rogaba que le permitiesen verla. Unas veces resultaba ser un espejo que mostraba la apariencia de las cosas, y el muchacho pensaba: «Esto no puede ser, pues debe de haber algo más allá de las apariencias». Y otras veces era un pedazo de carbón que nada revelaba. Y entonces se decía: «Esto no puede ser, pues al menos debería mostrar la apariencia». Y algunas veces era en verdad una piedra de toque, de un color muy hermoso y de gran lustre, en cuyo interior habitaba la luz. Y entonces suplicaba que le diesen la piedra y las gentes del lugar accedían, pues eran siempre muy generosas. Y al final llevaba una bolsa llena de piedras que tintineaban mientras cabalgaba, y, cuando se detenía a un lado del camino, las sacaba y las observaba hasta que la cabeza le daba vueltas como las aspas de un molino. «¡Qué tabarra! —se decía—. Esto no tiene fin. Tengo la roja, y la azul y la verde, y todas me parecen excelentes, pero también iguales. ¡Qué tabarra! Si no fuera por el Rey que es sacerdote y al que he llamado padre, y si no fuera por esa hermosa muchacha que me hace cantar y me ensancha el corazón, las arrojaría todas al mar, volvería a casa y sería un Rey como los demás».

Pero era como el cazador que ha avistado un ciervo en el monte, y aunque caiga la noche y se encienda el fuego y las luces iluminen su casa, no siente en su pecho más deseo que el de aquel venado.

Así, al cabo de muchos años, el hijo mayor llegó a orillas de la mar salada. Era de noche y se encontraba en un lugar salvaje y el mar rugía. Vio entonces una casa, en cuyo interior había un hombre sentado a la luz de una candela, pues no tenía fuego. El hijo mayor se acercó allí y el hombre le dio agua, pues no tenía pan. Y cuando se le hablaba, sacudía la cabeza, pues no tenía palabras.

—¿Tienes tú la piedra de toque? —preguntó el hijo mayor. Y el hombre asintió con la cabeza—. ¡Ya lo sabía yo! —exclamó el joven—. ¡Aquí llevo un saco lleno! —Y se echó a reír, a pesar del cansancio.

Y entonces el hombre también se echó a reír, y con el soplo de su risa apagó la vela.

—Duerme —dijo el hombre—, pues creo que ya has viajado lo suficiente. Tu búsqueda ha concluido y mi vela se ha apagado.

Y a la mañana siguiente el hombre le tendió un guijarro de color claro, carente de belleza y de color, y el hijo mayor lo miró con desdén y sacudió la cabeza, y se marchó, pues le pareció un objeto insignificante.

Pasó todo el día cabalgando, con ánimo sereno, aplacado el deseo de la búsqueda. «¿Y si ese humilde guijarro fuese al final la piedra de toque?», se preguntó. Descabalgó y vació su bolsa a un lado del camino. Vio que todas las piedras perdían su color y su fuego, eclipsadas las unas por el brillo de las otras, y se apagaban como las estrellas al llegar la mañana. Sin embargo, conservaban su belleza a la luz del guijarro, sólo que éste brillaba más que ninguna. Y el hijo mayor se dio un golpe en la frente. «¿Y si ésta fuera la verdad? ¿Que todas encierran un poco de verdad?». Cogió el guijarro, dirigió su luz hacia los cielos y vio cómo éstos se ahondaban como un pozo. Lo volvió luego hacia los montes, que eran fríos y escarpados, si bien la vida corría por sus laderas, con lo cual saltaba también su propia vida. Lo volvió hacia la tierra y contempló la tierra con alegría y terror. Lo volvió hacia sí y se hincó de rodillas, y rezó.

Gracias a Dios —dijo el hijo mayor—, porque he encontrado la piedra de toque. Y ahora puedo volver a casa, junto al Rey y a la muchacha que me hace cantar y ensancha mi corazón.

Cuando llegó a las puertas del castillo vio a unos niños jugando en el lugar donde el Rey que era sacerdote salió a recibirlo hacía ya muchos años. Y su gozo se esfumó, al pensar en lo más hondo de su corazón: «Aquí es donde deberían jugar mis hijos». Y al entrar en el salón vio a su hermano en el trono y a la muchacha a su lado. Y se llenó de ira, al pensar en lo más hondo de su corazón: «Soy yo quien debería estar ahí sentado, y la muchacha a mi lado».

—¿Quién eres? —preguntó su hermano—. ¿Qué te trae a este castillo?

—Soy tu hermano mayor. Y he venido a casarme con la muchacha, pues traigo la piedra de toque.

El hermano menor soltó una carcajada.

—Yo encontré la piedra hace ya años, y me casé con la muchacha, y esos niños que juegan en la puerta son nuestros hijos.

A esto, el hermano mayor se volvió gris como el amanecer.

—Espero que hayas obrado con justicia —dijo—, pues veo que mi vida está arruinada.

—¿Con justicia? —dijo el hermano menor—. Mal puedes tú, que eres un hombre inquieto y un vagabundo, dudar de mi justicia o la del Rey, mi padre, que somos gente sedentaria y conocida en la comarca.

—Puesto que todo lo tienes, ten además paciencia, y permíteme decirte que

el mundo está lleno de piedras de toque, y no es fácil distinguir cuál es la verdadera.

—Yo no me avergüenzo de la mía —respondió el otro—. Aquí la tienes. Mira en su interior.

El hermano mayor miró en el espejo y se llevó una amarga sorpresa, pues era un hombre anciano y tenía el pelo blanco. Se sentó en la sala y lloró con fuerza.

—Ahora comprendes lo necio que has sido al recorrer el mundo en busca de algo que era parte del tesoro de nuestro padre, para regresar convertido en un viejo patán al que los perros ladran, y sin mujer ni hijos. Mientras que yo, que fui obediente y sabio, estoy aquí sentado, coronado de virtudes y de placeres, y feliz con el fuego de mi hogar.

—A fe mía que tienes una lengua muy cruel —dijo el hermano mayor. Y sacó el guijarro y dirigió su luz hacia su hermano. Y vio que aquel hombre mentía, que su alma se había encogido hasta alcanzar el tamaño de un guisante, y que su corazón era un saco de temores semejantes a escorpiones y que el amor había muerto en su pecho. Y entonces el hermano mayor profirió un grito y dirigió la luz de su guijarro hacia la muchacha, y hete aquí que sólo era la máscara de una mujer y que por dentro estaba del todo muerta, y sonreía como el reloj hace tictac, sin saber por qué.

—Ahora sé que existen el Bien y el Mal. Vivid como mejor podáis en este castillo, que yo seguiré recorriendo el mundo con mi guijarro en el bolsillo.

XIX

EL POBRE INFELIZ

Había en las islas un hombre que pescaba para llenar su estómago vacío y arriesgaba la vida para hacerse a la mar con tan sólo cuatro maderos. A pesar de sus muchas tribulaciones, era de corazón alegre y las gaviotas le oían reír cuando la espuma de las olas le salpicaba. Y aun siendo su herencia muy escasa, gozaba de un ánimo bien sólido, y cuando los peces se acercaban a su anzuelo en mitad de las aguas, bendecía a Dios sin pensar en nada más. Era paupérrimo en bienes y feísimo de rostro, y no tenía esposa.

Sucedió a la hora de salir de pesca que el hombre se despertó en su casa a eso de la media tarde. El fuego ardía en el centro de la estancia, el humo ascendía y el sol entraba por la chimenea. Y el hombre vio a otro hombre que se calentaba las manos en el fuego de turba.

—Te saludo, en el nombre de Dios —dijo el pescador.

—También yo te saludo —contestó el hombre que se estaba calentando las manos—, aunque no en el nombre de Dios, pues no soy de los suyos. Y tampoco en el nombre del infierno, pues no soy del infierno. No soy más que una cosa sin vida, menos que el viento y más liviano que un sonido, y el viento pasa a través de mí como a través de una red, y el sonido me quiebra y el frío me hace temblar.

—Sé franco —dijo el pescador—. Dime tu nombre y háblame de tu naturaleza.

—Mi nombre —respondió el otro— aún no se ha nombrado, y mi naturaleza es todavía incierta. Pues soy parte de un hombre, y fui parte de tus antepasados, y salí a pescar y a pelear con ellos en épocas pasadas. Pero mi tiempo aún está por llegar: debo esperar hasta que tengas una esposa, y entonces seré tu hijo, y seré una parte valiente de él, y con viril regocijo lanzaré mi embarcación a las olas, y la gobernaré con destreza, y seré un hombre de valía allá donde el círculo se cierra y se dirigen los vientos.

—Esto es extraordinario —dijo el pescador—. Si de verdad vas a ser mi hijo, temo que no tengas suerte, pues soy paupérrimo en bienes y feísimo de rostro, y jamás tendré una esposa, aun cuando llegase a vivir hasta la edad de las águilas.

—Todo eso he venido a remediar, padre mío —dijo el pobre infeliz—. Esta noche iremos a la pequeña isla de los corderos, donde yacen nuestros antepasados en el túmulo de los muertos, y mañana a la casa del conde, donde con mi ayuda encontrarás esposa.

A lo cual el pescador se levantó y al caer el sol se hizo a la mar en su embarcación, con el pobre infeliz sentado en la proa. Y el rocío de las olas le atravesaba los huesos como la nieve, y el viento silbaba entre sus dientes, y la embarcación no se hundía con su peso.

—Te miro con temor, hijo mío —dijo el pescador—, pues no pareces una criatura de Dios.

—Es sólo el viento que silba entre mis dientes —respondió el pobre infeliz—, y no hay vida en mí que pueda contenerlo.

Así llegaron a la isla de los corderos, azotada por las olas en mitad del mar, rebosante de verdes helechos, perlada de rocío e iluminada por la luna. Atracaron el bote en una caleta y pusieron pie en tierra. Y mientras el pescador avanzaba fatigosamente entre las peñas, internándose en la espesura de los helechos, el pobre infeliz iba en cabeza como una voluta de humo a la luz de la luna. Y así llegaron al túmulo de los muertos y acercaron sus oídos a las

piedras. Y oyeron los lamentos de los difuntos como un enjambre de abejas: «Tiempo atrás tuvimos médula en los huesos y fuerza en los nervios, y se ataviaban nuestros pensamientos con los actos y las palabras de los hombres. Pero ahora estamos rotos en pedazos, se han soltado los ligamentos de nuestros huesos y nuestros pensamientos yacen enterrados».

Y el pobre infeliz dijo:

—Exígeles que te den la virtud que poseen.

Y el hombre dijo:

—Huesos de mis antepasados, yo os saludo, pues soy el fruto de vuestras entrañas. Y ahora, mirad cómo retiro las piedras apiladas en vuestro túmulo para dejar que el mediodía penetre a través de vuestras costillas. Dadlo por bien hecho, pues así había de ser. Y ofrecedme lo que vengo a buscar, en nombre de la sangre y en el nombre de Dios.

Y los espíritus de los difuntos se agitaron como hormigas en el interior del túmulo. Y así hablaron:

—Has roto el tejado de nuestro túmulo y has dejado que el mediodía penetre a través de nuestras costillas. Y posees la fuerza de los vivos. Pero ¿cuál es nuestra virtud? ¿Cuál nuestro poder? ¿Qué tesoro guardamos aquí, en la tierra, que un hombre vivo pueda codiciar o recibir? Pues nosotros somos menos que nada. Sin embargo, una cosa te diremos, hablando con muchas voces, como hablan las abejas. Y es que el camino está bien a la vista de todos, como los raíles de la botadura. Así pues, adéntrate en la vida y nada temas, como hicimos nosotros en épocas pasadas. —Y sus voces se alejaron como un remolino en la corriente.

—Te han enseñado una lección —dijo el pobre infeliz—, pero haz que te ofrezcan un don. Introduce la mano entre los huesos sin temor y hallarás su tesoro.

El hombre introdujo la mano, y los difuntos se arremolinaron sobre ella, livianos como hormigas. Pero el hombre los apartó, y hete aquí que sacó con la mano la herradura de un caballo, y estaba cubierta de herrumbre.

—Es un objeto sin valor —dijo—. Está oxidado.

—Eso ya lo veremos —replicó el pobre infeliz—, pues tengo para mí que es buena cosa hacer lo que hicieron nuestros antepasados y conservar lo que ellos conservaron sin dudar. Y mi razón me dice que una cosa vale tanto como la otra en este mundo. Y una herradura nos servirá.

Regresaron a la embarcación con la herradura, y al despuntar el día avistaron el humo de la ciudad del conde y oyeron el repique de las campanas de la iglesia. Desembarcaron, y el hombre se dirigió al mercado y se mezcló

con los demás pescadores, entre el palacio y la iglesia. Era paupérrimo y feísimo, y no tenía ni un solo pez que vender. No llevaba en su nasa más que una herradura, y para colmo oxidada.

—Ahora —dijo el pobre infeliz—, haz lo que te digo y encontrarás esposa, y yo tendré una madre.

Sucedió que la hija del conde pasó por allí camino de la iglesia a la hora del rezo, y al ver al pobre hombre en el mercado con tan sólo una herradura oxidada, se le ocurrió que aquel debía de ser un objeto valioso.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Es la herradura de un caballo —dijo el hombre.

—¿Y para qué sirve? —quiso saber la hija del conde.

—No sirve para nada —respondió el hombre.

—No te creo. De ser así, ¿por qué la llevas? —preguntó ella.

—La llevo porque lo mismo hicieron mis antepasados en épocas pasadas. No tengo otra razón, ni mejor ni peor.

La hija del conde no hallaba motivos para creerle.

—Véndemela, pues estoy segura de que es un objeto valioso —dijo.

—No —respondió el hombre—. No está en venta.

—¡Cómo! —protestó ella—. ¿Qué haces entonces aquí, en el mercado, con sólo esa herradura en la nasa?

—Estoy aquí sentado para encontrar esposa.

«Ninguna de sus respuestas tiene el menor sentido —pensó la hija del conde—. Y sin embargo, me dan ganas de llorar».

En ésas llegó el conde, y su hija lo llamó y se lo contó todo. Y cuando la hija hubo terminado, también el padre pensó que aquél debía de ser un objeto valioso. Conminó al hombre a ponerle precio, so pena de ser ahorcado en el patíbulo, que estaba allí mismo, tal como el hombre podía ver.

—El camino de la vida es recto como los raíles de la botadura —citó el hombre—. Y si he de ser ahorcado, que así sea.

—¡Cómo! —exclamó el conde—. ¿Estás dispuesto a dejar que te ahorquen por una simple herradura, y para colmo oxidada?

—Mi razón me dice que una cosa vale tanto como la otra en este mundo —dijo el hombre—. Y una herradura será suficiente.

«Esto no puede ser», pensó el conde. Y se quedó observando al hombre y

mordiéndose las barbas.

Y el hombre lo miró, sonriendo:

—Así lo hicieron mis antepasados en épocas pasadas, y no tengo otra razón, ni mejor ni peor.

«Esto no tiene ningún sentido —caviló el conde—. Debo de estar haciéndome viejo». Se apartó con su hija, y le dijo:

—Has rechazado a muchos pretendientes, hija mía. Pero es muy extraño que un hombre se aferre tanto a una herradura de caballo, y para colmo oxidada. Que la ofrezca como un artículo que está en venta y al mismo tiempo no quiera venderla. Y que se siente ahí a la espera de encontrar una esposa. No descansaré hasta llegar al fondo de este asunto. Y no veo otra alternativa que ahorcarlo o que te cases con él.

—A fe mía que es horroroso —dijo la hija del conde—. ¿A qué casarme, cuando el patíbulo está tan cerca y dispuesto?

—No es así como obraron mis antepasados en épocas pasadas. Soy igual que este hombre, y no puedo ofrecerte otra razón, ni mejor ni peor. Hazme la merced de hablar con él de nuevo.

La hija del conde fue a hablar con el hombre.

—Si no fueras tan horroroso —dijo—, mi padre nos casaría.

—Soy feísimo —asintió el hombre—, mientras que tú eres hermosa como el mes de mayo. Soy feísimo, sí, ¿y eso qué importa? Mis antepasados...

—¡En el nombre de Dios —protestó ella—, deja en paz a tus antepasados!

—Si los hubiera dejado en paz —respondió el hombre—, ahora no estarías conversando conmigo en el mercado, ni estaría tu padre observando por el rabillo del ojo.

—Es muy extraño —dijo la muchacha— que pretendas casarte conmigo a cambio de una herradura, y para colmo oxidada.

—Mi razón me dice que una cosa vale tanto...

—Ahórrame eso, por favor, y dime por qué debería casarme contigo.

—Escucha y mira —respondió el hombre.

El viento atravesó entonces al pobre infeliz, simulando el llanto de un bebé, y el corazón de la hija del conde se llenó de ternura, y sus ojos se abrieron, y vio al pobre infeliz como si de un bebé huérfano se tratara, y lo cogió en sus brazos, y al hacerlo, el bebé se evaporó como el aire.

—Ahora te ofreceré una visión de nuestros hijos, del hogar encendido y de

nuestras canas. Y espero que con eso baste, pues es todo cuanto Dios tiene a bien conceder.

—No me agrada —dijo ella, pero lanzó un suspiro.

—Los caminos de la vida son rectos como los raíles de la botadura —dijo el hombre, y tomó a la muchacha de la mano.

—¿Y qué haremos con la herradura? —preguntó ella.

—Se la daré a tu padre, para que con ella construya una iglesia y un molino para mí —dijo el hombre.

Sucedió, con el tiempo, que el pobre infeliz nació, mas no conservaba memoria viva de estos hechos, y nada sabía de haberlos propiciado. Sólo era una parte del hijo mayor, y con viril regocijo lanzaba su embarcación a las olas, y la gobernaba con destreza, y era un hombre de valía allá donde el círculo se cierra y se dirigen los vientos.

XX

LA CANCIÓN DEL DÍA DE MAÑANA

El rey de Duntrine tuvo una hija cuando era anciano, que resultó ser la princesa más bella entre dos mares. Sus cabellos eran como el hilo de oro y sus ojos como las charcas de un río. Y el Rey le regaló un castillo a orillas del mar, con una terraza y un patio de piedra labrada, y cuatro torres en las cuatro esquinas. Allí vivió y creció la princesa, sin preocuparse por el día de mañana y sin poder alguno sobre la hora presente, a la manera de las gentes sencillas.

Cierto día salió a pasear por la playa, cuando era otoño y el viento soplaba desde el lugar de las lluvias. A un lado rompía el mar y al otro lado revoloteaban las hojas muertas. Era aquella la playa más solitaria entre dos mares y habían sucedido allí cosas extrañas en tiempos pasados. La princesa vio entonces a una bruja sentada en la arena. La espuma del mar le llegaba hasta los pies, las hojas muertas se arremolinaban en torno a ella y el viento sacudía los andrajos que llevaba.

—Vaya —dijo la princesa, pronunciando un nombre sagrado—. Ésta es la bruja más desdichada entre dos mares.

—Hija de un Rey —dijo la bruja—. Vives en una casa de piedra y tu pelo es como el oro, pero ¿de qué te sirve eso? La vida no es larga y tampoco es fuerte. Vives a la manera de las gentes sencillas, sin pensar en el día de mañana y sin poder alguno sobre la hora presente.

—En el día de mañana sí que pienso —respondió la princesa—, aunque carezco de poder sobre la hora presente. —Y se quedó pensativa.

La bruja batió las palmas de las manos flacas y se echó a reír como una gaviota.

—A casa —gritó—. Vuelve a tu casa de piedra, hija de un Rey, pues ahora has sentido el anhelo y ya no puedes seguir viviendo a la manera de las gentes sencillas. Vuelve a casa, y sufre y padece, hasta alcanzar el don que te deje desnuda, y hasta que aparezca el hombre que te ofrezca sus cuidados.

La princesa no quiso discutir y volvió a casa en silencio. Entró en su cámara y llamó a su doncella.

—Doncella —dijo—, me preocupa el día de mañana y no puedo seguir viviendo a la manera de las gentes sencillas. Dime qué debo hacer para tener poder sobre la hora presente.

La doncella gimió como un viento helado.

—¡Ay, qué desgracia! Pero si esa idea se te ha metido en los huesos, nada hay que pueda remediarlo. Sea pues tal como lo deseas. Y aunque el poder es menos que la debilidad, poder tendrás. Y aunque ese pensamiento es más frío que el infierno, habrás de estudiarlo hasta el final.

Y así la hija del Rey se sentó en su cámara abovedada, en la casa de piedra, y reflexionó sobre esta idea. Nueve años pasó sentada, mientras el mar rompía en la terraza y las gaviotas gritaban alrededor de las torres y el viento susurraba en las chimeneas del palacio. Nueve años pasó sin salir de allí, sin probar el aire puro ni ver el cielo de Dios. Nueve años pasó sentada, sin mirar a derecha ni a izquierda, ni oír la voz de nadie, sólo pensando en el día de mañana. Su doncella le llevaba la comida en silencio y ella la cogía con la mano izquierda y la comía sin ningunos modales.

Transcurridos los nueve años, anocheció un día de otoño y el viento trajo consigo un sonido semejante a una flauta. La doncella señaló con un dedo hacia la bóveda de la casa.

—Oigo un sonido en el viento, semejante al sonido de una flauta —dijo.

—Es un sonido insignificante —dijo la princesa—, pero a mí me basta.

Y con esto salieron a las puertas del palacio y llegaron hasta la orilla del mar en el crepúsculo. A un lado rompían las olas y al otro revoloteaban las hojas muertas. Y las nubes surcaban el cielo, veloces, y las gaviotas volaban en sentido contrario a las agujas del reloj. Y cuando se acercaron a esa zona de la playa donde habían sucedido cosas extrañas en tiempos pasados, hete aquí que vieron a la bruja, bailando en sentido contrario a las agujas del reloj.

—¿Por qué bailas en sentido contrario a las agujas del reloj? —preguntó la hija del Rey—. ¿Aquí, sobre la arena blanca, entre las olas y las hojas muertas?

—Oigo en el viento un sonido semejante a una flauta —dijo la bruja—. Y por eso bailo en sentido contrario a las agujas del reloj. Pues se aproxima el don que te dejará desnuda, y el hombre que te procurará cuidados. Mas para mí ha llegado el día de mañana sobre el que tanto he reflexionado, y la hora de mi poder.

—Y dime, bruja, ¿cómo es que tiembles ante mis ojos como un jirón de tela y te veo pálida como una hoja muerta?

—Porque ha llegado el día de mañana sobre el que tanto he reflexionado, y la hora de mi poder —respondió la bruja, y cayó sobre la arena. Y se transformó en un tallo de alga, y en polvo de arena, y una pulga brincó en el lugar donde antes se encontraba la bruja.

—¡Esto es la cosa más extraña que ha ocurrido entre dos mares! —dijo la hija del rey de Duntrine.

Pero la doncella rugió como un temporal de otoño.

—Estoy cansada del viento —dijo. Y lamentó su día.

La princesa vio a un hombre en la playa, encapuchado y con el rostro oculto, que llevaba una flauta bajo un brazo. El sonido de su flauta era como el canto de las avispas y como el viento que silba entre la hierba. Y atraía los oídos de quienes lo escuchaban como los gritos de las gaviotas.

—¿Eres tú el que ha de venir? —preguntó la princesa.

—Yo soy —dijo él— y estas son las flautas que a un hombre le está permitido escuchar y tengo poder sobre la hora presente y ésta es la canción del día de mañana. —Y tocó la canción del día de mañana, que fue larga como años. Y la doncella lloró con ganas al oírla.

—Es cierto que has tocado la canción del día de mañana —dijo la hija del Rey—. Pero ¿cómo sé que tienes poder sobre la hora presente? Muéstrame algún prodigio en esta playa, entre las olas y las hojas muertas.

—¿Sobre quién? —dijo el hombre.

—Aquí está mi doncella. Está cansada del viento. Obra un prodigio con ella.

Y al punto la doncella cayó sobre la arena como un puñado de hojas muertas, y el viento las hizo girar en sentido contrario a las agujas del reloj, y una pulga brincó entre las hojas.

—Es cierto —dijo la princesa—. Eres el que había de llegar y tienes poder sobre la hora presente. Ven conmigo a mi casa de piedra.

Echaron a andar por la orilla del mar, mientras el hombre tocaba la canción del día de mañana y las hojas los acompañaban en su camino. Después se sentaron los dos juntos. El mar rompía en la terraza y las gaviotas gritaban alrededor de las torres y el viento susurraba en las chimeneas de la casa.

Nueve años pasaron sentados, y cada año, cuando llegaba el otoño, el hombre decía: «Ésta es la hora y tengo poder sobre ella». Y la hija del Rey contestaba: «No, pero tócame la canción del día de mañana». Y el hombre la tocaba, y era larga como años.

Transcurridos los nueve años, la hija del rey de Duntrine se puso en pie, como quien de pronto recuerda. Miró alrededor, en la casa de piedra, y vio que todos sus criados se habían marchado. Sólo el hombre que tocaba la flauta estaba sentado en la terraza, con una mano delante del rostro, y mientras tocaba, las hojas correteaban por la terraza y el mar rompía contra el muro. Ella le gritó con fuerza: «Es la hora. Muéstrame tu poder». Entonces, el viento apartó la mano del rostro del hombre, y resultó que allí no había hombre alguno: sólo sus vestiduras, y la mano y la flauta, que cayeron amontonadas en un rincón de la terraza y las hojas muertas pasaron revoloteando sobre ellas.

Y la hija del rey de Duntrine se acercó hasta esa zona de la playa donde habían sucedido cosas extrañas en tiempos pasados, y allá se sentó. La espuma del mar le rozaba los pies y las hojas muertas revoloteaban detrás de su espalda, y un golpe de viento levantó el velo que cubría su rostro. Alzó los ojos, y vio que la hija de un rey se acercaba caminando por la playa. Sus cabellos eran como el oro hilado, y sus ojos como las charcas de un río, y no pensaba en el día de mañana, ni tenía ningún poder sobre la hora presente, a la manera de las gentes sencillas.

XXI

EL SIMIO CIENTÍFICO

En cierta isla de las Antillas, se alzaba una casa próxima a una arboleda. Vivía en ella un hombre que diseccionaba animales vivos, y en los árboles un clan de simios antropomorfos. Sucedió que el vivisector capturó a uno de los simios y lo tuvo algún tiempo encerrado en una jaula de su laboratorio. El animal estaba aterrado por lo que allí veía, y muy interesado en lo que oía. Tuvo la fortuna de escapar en una fase inicial de su experimento, al que se le había asignado el número 701, y de regresar junto a su familia con tan sólo

una lesión insignificante en un pie, de ahí que se sintiera victorioso. No bien volvió a encontrarse entre los suyos se hizo llamar doctor y empezó a molestar a sus vecinos con esta pregunta:

—¿Por qué los simios no son progresistas?

—Yo no sé qué significa progresista —respondió uno de los monos; y le lanzó un coco a su abuela.

—Yo tampoco lo sé ni me importa —dijo otro, mientras se balanceaba para asirse de la rama de un árbol cercano.

—¡Déjate de pamplinas! —gritó un tercero.

—¡Maldito progreso! —protestó el jefe del clan, que era un anciano tory de mucho peso—. Tratad de comportaros mejor sin dejar de ser lo que sois.

Pero el simio científico se llevó a los machos jóvenes a un aparte, y éstos lo escucharon entonces con mayor atención.

—El hombre no es nada más que un simio que ha progresado —dijo, colgándose por la cola de una rama alta—. Como se da el caso de que los registros geológicos no son completos, es imposible saber cuánto tiempo tardó en ascender, y cuánto podríamos tardar nosotros en seguir sus pasos. Sin embargo, tras haber indagado bien a fondo in medias res, sirviéndome de un sistema de mi propia invención, creo que podemos dejarlos a todos pasmados. El hombre ha desperdiciado centurias ocupándose de la religión, la moral, la poesía y otras zarandajas; ha tardado siglos en desarrollar una ciencia digna de tal nombre, y puede decirse que no empezó a practicar la vivisección hasta antes de ayer. Nosotros lo haremos al revés: empezaremos por ella.

—¡Por todos los cocos...! ¿Qué es la vivisección? —preguntó un simio.

El doctor explicó extensamente lo que había visto en el laboratorio, y algunos de sus oyentes —no todos— se mostraron entusiasmados.

—¡Nunca he oído cosa más brutal! —exclamó un simio que había perdido una oreja en un combate con su tía.

—¿Y eso para qué sirve? —quiso saber otro.

—¿Es que no lo veis? —preguntó el doctor—. Si diseccionamos a los hombres averiguaremos cómo somos los simios, y de ese modo progresaremos.

—¿Y por qué no nos diseccionamos los unos a los otros? —preguntó otro de sus discípulos, muy amigo de polémicas.

—¡Qué vergüenza! —le reprochó el doctor—. No pienso quedarme aquí escuchando semejantes tonterías, y mucho menos en público.

—¿Y si probáramos con criminales? —insistió el polemista.

—Es altamente dudoso que exista eso que se conoce como el Bien y el Mal. Si no existe, ¿dónde quedarían tus criminales? —protestó el doctor—. Además, la opinión pública no lo toleraría. Los hombres nos sirven perfectamente para nuestros fines, puesto que pertenecen al mismo género que nosotros.

—Parece una crueldad para con los hombres —observó el mono al que le faltaba una oreja.

—Bueno, para empezar —dijo el doctor—, ellos aseguran que nosotros no sufrimos, que somos lo que se conoce como autómatas. Por lo tanto, tenemos todo el derecho del mundo a decir lo mismo de ellos.

—Eso es ridículo, y además es destructivo —señaló el polemista—. Si no son más que autómatas no pueden enseñarnos nada. Y si pueden enseñarnos algo, ¡por los cocos que tienen que sufrir!

—Yo soy de la misma opinión —concedió el doctor—. Sin embargo, ese argumento sólo es apto para las revistas mensuales. Supongamos que sufran. En tal caso sufrirán en interés de una raza inferior que necesita ayuda: no podría haber causa más justa. Y, además, realizaremos descubrimientos que serán útiles también para ellos.

—Pero ¿cómo vamos a descubrir algo —preguntó el polemista— si no sabemos lo que buscamos?

—¡Dios guarde mi cola! —exclamó el doctor, herido en su dignidad—. ¡No hay en todas las islas de Barlovento un simio con una mentalidad menos científica que la tuya! ¡Pues claro que sabemos lo que buscamos! La verdadera ciencia no tiene nada que ver con eso. Se disecciona por si acaso y, si luego resulta que se descubre algo, uno es el primer sorprendido.

—Tengo otra objeción —dijo el polemista—, aunque no niego que nos divertiríamos de lo lindo. Date cuenta de que los hombres son muy fuertes y tienen armas de fuego.

—Por lo tanto diseccionaremos a los bebés —concluyó el doctor.

Esa misma tarde, el doctor fue al jardín del vivisección, le robó una cuchilla, colándose por la ventana del vestidor, y en un segundo viaje se llevó al bebé de la habitación de los niños. ¡La que se organizó en las copas de los árboles! El simio que tenía una sola oreja, un individuo bondadoso, tomó al niño cariñosamente en los brazos. Otro trató de introducirle bayas en la boca, y se ofendió mucho porque el bebé se negaba a comerlas.

—No tiene raciocinio —se lamentó.

—No me gusta verlo llorar —dijo el que tenía una sola oreja—. ¡Hay que ver cómo se parece a un mono!

—Basta de puerilidades —terció el doctor—. Dadme la cuchilla.

A esto, el simio que tenía una sola oreja perdió la paciencia, escupió al doctor y huyó con el bebé a la copa del árbol contiguo.

—¡Diseciónate tú! —le gritó al doctor.

El clan al completo empezó a chillar y se lanzó en pos del fugitivo. El alboroto alertó al jefe, que se hallaba cerca de allí matando pulgas.

—¿A qué viene tanto escándalo? —protestó el jefe. Cuando se lo explicaron se pasó una mano por la frente.

—¡Por todos los cocos! —exclamó—. ¿Es esto una pesadilla? ¿Son los monos capaces de descender a semejante estado de barbarie? Devolved a ese bebé a su casa.

—No tienes mentalidad científica —dijo el doctor.

—No sé si tengo mentalidad científica o no —repuso el doctor—. Lo que sí tengo es un palo bien gordo, y como te atrevas a echarle las zarpas a ese bebé te abriré la cabeza con él.

Así fue como los simios dejaron al bebé en el jardín de la casa. El vivisector, que era un padre de familia muy estimable, se llenó de júbilo, y fue tal su contento que antes de que hubiese concluido el día inició otros tres experimentos en su laboratorio.

XXII

EL RELOJERO

La garrafa reposaba sobre una mesa en el centro de la habitación. Nadie había cruzado el umbral de la puerta desde hacía una semana. La doncella era muy descuidada y llevaba un mes sin cambiar el agua del recipiente. La raza de animáculos dominante había alcanzado así una notable antigüedad y cosechado importantes avances en el campo de la investigación científica. La astronomía era su principal deleite: los filósofos ocupaban sus días en la contemplación de los cuerpos celestes, mientras la sociedad se complacía en discutir las teorías enfrentadas. Dos ventanas, una al Este y otra al Sur, proporcionaban a los animáculos dos años solares de distinta longitud. El segundo se mezclaba con el primero, que a su vez sucedía al segundo tras un intervalo de oscuridad. Muchas generaciones se alzaban y perecían en el curso

de la noche. La tradición solar se debilitó progresivamente, de tal modo que los pesimistas desesperaron de su regreso; y la luna, que se hallaba entonces en su plenitud, engañó a algunos de los más sabios. No fue hasta el sexto largo año solar cuando un animáculo dotado de un intelecto sin par se sublevó, derrocó la ciencia antigua y dejó un legado de honda polémica.

Su hipótesis podría llamarse la Teoría de la Habitación. Era una hipótesis en parte errónea. El espacio no estaba lleno de agua potable, ni eran sus paredes de la misma materia que el mantel que cubría la mesa. Sin embargo, la teoría concordaba rudimentariamente con los datos observables en la mayoría de sus puntos, y su autor había calculado la posición relativa de la garrafa, la mesa, las paredes, los ornamentos de la chimenea y el reloj con cuerda para ocho días con una exactitud de millonésimas de decimal, pues tanto sus instrumentos como sus métodos eran de una precisión exquisita. Aun los más escépticos reconocían sus méritos en este sentido. Sin embargo, el filósofo era un hombre de mentalidad devota y obediente, que había construido su tesis a partir de una leyenda de la raza. En fechas muy tempranas, antes de que la ciencia se hubiera desarrollado, el espacio amarillo y oblongo de la pared norte de la estancia se abrió de repente, y en él surgió un objeto enorme, de un tamaño inconcebible, al que se vio desplazarse por el espacio durante varias generaciones. Una luz, a decir de algunos más brillante que el sol, a decir de otros apenas más brillante que la luna, acompañaba al meteoro en su órbita. Innumerables truenos y convulsiones sacudieron la garrafa; crepitaron los extremos de los cielos, y una última detonación señaló la extinción del fenómeno. Cuando los animáculos se hubieron recuperado de la conmoción, comprobaron que el espacio amarillo y oblongo de la pared norte volvía a presentar el mismo aspecto de siempre. Así se narraba el suceso en las crónicas de los historiadores críticos y rigurosos. En boca de las gentes no instruidas, el relato era diferente. «En los remotos tiempos caníbales —decían—, un animáculo de un tamaño inaudito atravesó la pared. Sostenía el sol en una de sus garras; sus movimientos natatorios hicieron temblar hasta el último rincón de la garrafa y, antes de retirarse, le hizo algo al reloj». Para asombro de la sociedad, fue esta versión popular la que aceptó el filósofo. Un coloso portador de la luz, similar al observado anteriormente, recorría en períodos concretos los muros exteriores de la habitación. Su paso por delante primero de una ventana y luego de la otra explicaba los años solares. No obstante, el filósofo fue todavía más lejos. El cosmos animacular presentaba una anomalía superlativa: el reloj, con su péndulo, su esfera y sus manecillas. Generaciones de observadores habían comprobado más allá de toda duda que el péndulo oscilaba, las manecillas avanzaban alrededor de la esfera y el fenómeno del carillón se producía a intervalos aproximadamente iguales, de tal suerte que, cuando menos, era posible concebir una relación entre dichos intervalos y el avance de las manecillas. La atención se centró primeramente en el reloj; en él

se hallaba la prueba de que este artilugio se había creado con una finalidad precisa. Su creador, que en el resto de sus obras se expresaba enigmáticamente, parecía proferir en el reloj una voz auténtica. Teísmo y ateísmo se sumaron a la batalla sobre las intenciones del relojero. El Newton animacular, que era relojerista, aventuró la osada hipótesis de que los movimientos del coloso que portaba la lámpara alrededor de la habitación se regían por el reloj.

Los planteamientos del filósofo no tardaron en convertirse en doctrina eclesiástica para los devotos. Se identificó al coloso de la leyenda con el sol, y ambos con el creador del reloj. El culto al relojero sustituyó a las religiones que habían prevalecido hasta la fecha: el culto al agua, el culto a los antepasados y la bárbara adoración de la chimenea. Se atribuían al relojero todas las virtudes imaginables, y la recta conducta de los animáculos se resumió bajo la rúbrica de «Conducta Relojera». Al mismo tiempo, la otra mitad preconizaba el animaculomorfismo. El filósofo proclamó que el agua ocupaba el espacio en su totalidad, lo cual ni se había demostrado ni era demostrable. Más allá de la piel interior de la garrafa, el agua dejaba de existir. En tal caso, ¿dónde estaba el relojero? La vida implicaba agua; el pensamiento implicaba agua. ¡Nadie que no viviese en el agua podía concebir la idea del tiempo, y mucho menos la idea de un reloj! Analicemos vuestra hipótesis (decían los relojeristas) y se verá que se reduce a lo siguiente: ¡una criatura que vive en el agua viviendo fuera del agua! ¿Puede algún animáculo sensato entretenerse con semejantes absurdidades? Y aun concediendo lo imposible, concediendo (por seguir con la polémica) que existan vida y pensamiento más allá de las paredes de la garrafa: ¿por qué no se manifiesta el relojero? No debería serle difícil comunicarse con los animáculos; bien habría podido, en el momento de fabricar el reloj, incluir en la esfera algunos signos inteligibles — la cuadragésimo séptima proposición, por ejemplo— o incluso (de haber puesto un poco de cuidado) alguna medida del paso del tiempo. En lugar de ello aparecían unas marcas sin sentido a distancias más o menos regulares, probablemente consecuencia del ebullicionismo. Si de verdad existía un relojero, cabía representárselo como un ser frívolo, malvado y despreciable, que había creado la garrafa, la mesa y la habitación con el único propósito de regodearse en la desgracia de los animáculos. Tales opiniones hallaron una expresión más violenta en boca de los poetas de la época. La infame Oda al relojero, que conmocionó a la sociedad, empezaba más o menos así:

Enormes son tus pecados,
grandes como una garrafa.

Relojero, yo te desafío.

Es tu crueldad mayor que un jarrón sobre la chimenea,

y redonda como la esfera del reloj.

Eres fuerte, y te jactas;

Eres sagaz y sabes ingeniar cronómetros.

¡Vanas son tu fortaleza y tu sagacidad!

Con que un solo animáculo sensato te mire a la cara,
consigue confundirte entre tus instrumentos.

Palideces entonces y te ocultas en la trastienda.

La impresión general fue que el poeta había ido demasiado lejos. De existir un relojero, no cabía suponer que dejara pasar sin castigo tamaña afrenta; se temía que su venganza pudiera afectar a toda la garrafa. El poeta, tras un proceso judicial en el cual se enorgulleció de sus atroces sentimientos, fue condenado y ejecutado públicamente. Tan ejemplar rigor refrenó el espíritu del pensamiento libre por espacio de algunas generaciones.

Se esperaba con fervor el amanecer del séptimo doble año solar. Conforme se acercaba el momento, todos los telescopios de la garrafa se dirigieron hacia la ventana oriental o hacia el reloj. Y una vez concluido el evento, en tanto se completaban los cálculos, una multitud se congregó a las puertas de los astrónomos: en oración los unos, enzarzados los otros en irreverentes apuestas sobre el resultado. Dicho resultado no fue concluyente. No había una concordancia precisa entre el reloj y el sol. Fue imposible, aun para los más ardientes de los fieles, cantar victoria. La discrepancia, en todo caso, era pequeña, y los librepensadores albergaban una duda íntima. Los piadosos trataron de disimular su decepción en volúmenes tales como *El relojero se manifiesta en todas sus obras*, *Reivindicación del relojero* y *Exposición y justificación de la verdadera ciencia relojera*. Los librepensadores magnificaron su victoria en trabajos de distinto cariz. A medida que pasaban las horas y se sucedían las generaciones, se confirmó que la fe se había resentido. La creencia en un relojero declinó progresivamente, y hasta el propio reloj, con su convulso avance y su irregular regularidad, se convirtió en asunto predilecto de los bufones.

Mientras esto sucedía, se vio abrirse el espacio amarillo y oblongo de la pared norte, y el relojero entró para dar cuerda al reloj.

La revolución fue radical: animáculos de toda edad y condición abarrotaron los lugares de culto; el clamor de los salmos resonó en toda la garrafa y no había una sola criatura sensible, en ningún rincón de la botella, que no hubiera sacrificado cuanto poseía para honrar al relojero. Cuando hubo terminado de dar cuerda al reloj, el relojero se fijó en la garrafa y, como tenía mucha sed, por la cerveza que bebiera la noche anterior, la vació de un trago.

Pasó las tres semanas siguientes enfermo y en cama, y el médico que lo atendió ordenó que se revisara a fondo el suministro de agua de esa parte de la ciudad.

Freeditorial 